

MIRADAS AL PASADO RECIENTE DE CUBA

Rodolfo Romero Reyes
Arlette Vasallo García

Entrevistas con Jacinto Valdés-Dapena Vivanco,
María del Carmen Ariet, Aurelio Alonso, Alberto Prieto Rozos
y Abel Prieto Jiménez

**Miradas al pasado reciente
de Cuba**

Rodolfo Romero Reyes (La Habana, 1987). Máster en Desarrollo Social y profesor asistente de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana. Actualmente se desempeña como coordinador de la publicación *Contexto Latinoamericano* de la editorial Ocean Sur y es periodista de la revista *Alma Mater*.

Arlette Vasallo García (La Habana, 1997). Estudiante de Periodismo. Forma parte de la coordinación del evento «60 segundos». Integrante del Proyecto Escaramujo y activista voluntaria en la línea de promoción de salud «Jóvenes por la vida».

Miradas al pasado reciente de Cuba

Rodolfo Romero Reyes

Arlette Vasallo García



una editorial latinoamericana

Derechos © 2019 Rodolfo Romero Reyes y Arlette Vasallo García

Derechos © 2019 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-925756-57-9

Primera edición 2019

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Distal Libros • Tel: (54-11) 5235-1555 • E-mail: info@distalnet.com

Australia: Ocean Press • E-mail: info@oceanbooks.com.au

Bolivia: Fundación Programa de Investigación y Estudios Estratégicos Latinoamericanos
• Tel.: 591-2-2782238 • E-mail: fundacionpinves@gmail.com

Canadá: Publishers Group Canada • Tel: 1-800-663-5714 • E-mail: customerservice@raincoast.com

Chile: Ocean Sur Chile • Tel.: (56-09) 98881013 • E-mail: contacto@oceansur.cl
• <http://www.oceansur.cl>

Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: edicionesizquierdavidavacol@gmail.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu
Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Ecuador: Ediciones Populus • Tel: +593 992871665 / +5932 2907039
• E-mail: info@edicionespopulus.com • www.edicionespopulus.com

EE.UU.: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com

El Salvador, Guatemala y Honduras: Distribuidora El Independiente S.A de C.V
• Tel: 7900 1503 • E-mail: walteraudales@hotmail.com

España: Traficantes de Sueños • E-mail: distribuidora@traficantes.net

Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com

México: Ocean Sur • Tel: 52 (55) 5421 4165 • E-mail: mexico@oceansur.com

República Dominicana: Editorial Caribbean • E-mail: ecomercial@editcaribbean.com

Venezuela: Ocean Sur Venezuela • E-mail: venezuela@oceansur.com

**ocean
sur**



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur
info@oceansur.com

Índice

A modo de introducción	1
La felicidad está en la lucha	3
Entrevista con Jacinto Valdés-Dapena Vivanco	
De Marx al Che Guevara	11
Entrevista con María del Carmen Ariet García	
La Revolución debe mantener esa diversidad	25
Entrevista con Aurelio Alonso	
Cuba en y por América Latina	33
Entrevista con Alberto Prieto Rozos	
El arte no puede ser propaganda	45
Entrevista con Abel Prieto Jiménez	

A modo de introducción

La revista *Contexto Latinoamericano*, con motivo del 60 aniversario de la Revolución Cubana, ha publicado en sus números recientes entrevistas a distintas personalidades de la cultura y de las Ciencias Sociales, ofreciendo sus opiniones sobre procesos que han tenido lugar en la Isla después de 1959.

Estas *Miradas al pasado reciente de Cuba* permiten al lector conocer de primera mano las impresiones que, con una visión crítica, realizan estas personas que han transitado —y no como simples espectadores— por seis décadas de transformaciones sociales y revolucionarias en pos de la construcción de una nueva sociedad que se proclama socialista por definición.

¿Cuáles son las raíces históricas que inspiran esas transformaciones? ¿Cómo identificar los valores que han servido como punto de partida en este arduo camino? ¿Qué sucesos han marcado giros inesperados y qué aprendizajes debemos sacar de ellos para no repetir errores y para consolidar aciertos?

Las largas conversaciones que sostuvimos con Jacinto Valdés-Dapena, María del Carmen Ariet, Alberto Prieto, Aurelio Alonso y Abel Prieto dan vida a estas páginas en las que se reviven momentos importantes de la historia reciente.

Quienes en este libro ofrecen gentilmente sus testimonios, vivencias, recuerdos y valoraciones, constituyen una fuente inapreciable de conocimientos, adquiridos no solo por su formación profesional, cultural, académica o científica, sino a

2 Miradas al pasado reciente de Cuba

través de su día a día como cubanas y cubanos, hijas e hijos de un pueblo que se empeñó, a cuenta y riesgo, en construir el socialismo.

Para los jóvenes lectores este será un diálogo intergeneracional; para los no tan jóvenes un debate entre contemporáneos. El tema central es Cuba, nación histórica en la que la herejía de la revolución se hizo posible.

Rodolfo Romero Reyes

Arlette Vasallo García

La felicidad está en la lucha

Luego de varios años marcados por el ascenso de gobiernos de izquierda al poder en América Latina, en la actualidad el mapa político es muy diferente. La llegada de gobiernos derechistas en países como Argentina y el golpe de Estado en Brasil, por solo citar dos ejemplos, han constituido reveses para las conquistas alcanzadas en el orden social y económico, no solo en estos países, sino en toda la región.

Este nuevo contexto político ha afectado los mecanismos de integración por los que se apostaba hace apenas cinco años. En el caso argentino, la imposición de medidas neoliberales afecta a la población y beneficia a los más opulentos empresarios; han burlado la confianza de hasta el más fiel de los votantes, y elevado el clima de insatisfacción. Asimismo, crece la desestabilización política en múltiples países como Honduras, Perú y Colombia, lo que evidencia la desorganización de las fuerzas progresistas y el ascenso de la derecha.

Frente a la ofensiva neoliberal, es preciso —como asidero necesario— volver sobre Marx, su obra, y asumir su teoría como programa de lucha, cuando se cumplen doscientos años de su natalicio. Instruirnos en sus clásicos —*Los manuscritos económicos-filosóficos* de 1844, *El Capital*, el *Manifiesto Comunista*— es imprescindible para armar a los oprimidos ante la explotación capitalista. Recordar en qué posición estamos en este tablero de juego, cuáles son las partidas que debemos ganar y quiénes son aliados o quiénes enemigos.

En opinión del investigador cubano Jacinto Valdés-Dapena Vivanco, integrante de una generación que vio en la asimilación crítica del marxismo una urgencia, las crisis son importantes porque de ellas pueden venir las más grandes revoluciones.

El también profesor titular y Doctor en Ciencias Jurídicas plantea que el marxismo rigurosamente determinista impide uno de los más valiosos aportes: la unidad de la actividad consciente de los revolucionarios y el cambio social. Por eso exalta la búsqueda de las nuevas alternativas en la realización de los ideales de Marx, pues su teoría no se propone una interpretación de la realidad, sino su perenne transformación.

Compartiendo miradas críticas

«El marxismo es multidisciplinario, tiene un componente económico, filosófico, y político, estrechamente entrelazados», asegura Valdés-Dapena para quien es indispensable estudiar las circunstancias sociales del origen de esta teoría para comprenderla.

Precisamente en la Europa del siglo xix surge esta corriente filosófica que tuvo como principal pensador al alemán Carlos Marx, quien abogó por el internacionalismo, la socialización de la producción y definió la concepción materialista de la historia.

«Entre los principales conceptos está el de enajenación, que tiene que ver mucho con la actualidad; es el elemento que permite interpretar cómo en la sociedad capitalista hombres y mujeres se alejan de su personalidad, se despojan de su esencia humana a partir de la pérdida de su identidad. Marx explica también el fetichismo de la mercancía y plantea que solo en una sociedad futura, en la sociedad comunista, el ser humano se podrá reencontrar así mismo», argumenta el compilador de *Bolcheviques en el poder*.

En *La ideología alemana*, Marx comienza a definir el concepto de formación económico social, imprescindible para comprender la sociedad. «Es un término que revoluciona la filosofía y nos lleva al estudio de la estructura de la sociedad capitalista, de los elementos de la revolución proletaria y la sociedad civil —escenario donde se desarrolla toda la vida económica, social y material, que es la base sobre la cual después se ubica el Estado—», recuerda Jacinto.

«Es un concepto que reelabora, como una forma más elevada del estudio de la sociedad, ya no solo es la sociedad y sus instituciones no estatales, sino la sociedad en su conjunto, las formas de la conciencia social, la producción económica, las clases sociales, todo. Eso es un todo en el cual la base económica y la superestructura —con sus formas de conciencia social: religión, arte, literatura, concepción jurídica, filosofía, derecho, ciencia— son conceptos para identificar realidades diferentes pero interrelacionadas, que ofrecen una visión sistémica del capitalismo», enfatiza.

Si bien Marx no es el primero en analizar la lucha de las clases sociales, añade que es esta la que debe conducir a la revolución social y a la dictadura revolucionaria del proletariado. Para el marxismo existen dos tipos de revoluciones: la política, en la que solo hay cambios en las formas del Estado, y la revolución social que transforma el sistema político y las relaciones sociales de producción y de propiedad.

«Todas las categorías y conceptos marxistas tienen un carácter histórico», nos dice Jacinto. Se impone interrumpir la disertación con una pregunta: ¿cuán vigentes son?

«El concepto de clases sociales hoy en día no está muerto, se transforma en grupos de poder, en grupos de presión. Existe una estructura socioclasista que no se puede negar, donde cada

grupo social tiene sus propios intereses como la clase obrera, los campesinos, la nueva intelectualidad. El elemento social, las clases sociales, que no fue definido teóricamente ni por Marx ni por Engels, sino referido, sí es un fundamento importante a la hora de tomar decisiones políticas. Pues esos grupos sociales, esas clases sociales, estructuradas en una sociedad determinada juegan un papel definitivo en su desenlace», responde.

«Pasa también con el concepto de acumulación originaria del capital. ¿Y la plusvalía? He ahí una de las mayores contradicciones del capitalismo: ocurre una universalización privatizada de la producción, en otras palabras, la sociedad produce pero la apropiación es individual», explica Valdés-Dapena.

Marx llega a sus concepciones mediante sus estudios filológicos y Engels a partir de sus estudios económicos, pero cada uno lo hace con sus particularidades. La obra de Marx, junto con la Engels, constituye el origen de lo que conocemos como marxismo. Que tome el nombre de solamente uno de los dos, no es conflicto; Engels aseguró ser el segundo violín: «Marx es un genio. Los demás, a lo sumo, somos hombres de talento».

Jacinto nos hace una aclaración: «En su obra, Marx y Engels no abordaron el estudio del mundo colonial. Correspondió a Lenin iniciar los estudios relacionados con los países coloniales, que ocuparon un lugar importante en la agenda de la Tercera Internacional Comunista».

Entonces, ¿qué pasó después? ¿Cuánto impactaron sus postulados en el futuro inmediato? Valdés-Dapena responde: «La Segunda Internacional, de 1889 a 1917, jugó un papel fundamental, tanto en la práctica —el movimiento obrero— como en la teoría. Tenía como objetivo desarrollar un movimiento político de orientación socialista que se proponía acceder al poder

mediante el sufragio universal, sin recurrir a formas violentas. Había entonces tres tendencias, una revisionista, encabezada por Kautski, que planteaba la conciliación de las clases sociales y la eliminación del concepto de dictadura revolucionaria del proletariado; una reformista, que planteaba la evolución pacífica al socialismo y renunciaba a su carácter internacionalista; y otra ortodoxa, representada por Plejanos, que desconocía el carácter del marxismo como teoría de la revolución social en los tiempos modernos y se aferraba a una visión dogmática de la obra de Marx y Engels».

Hace una pausa y continúa: «Esta Segunda Internacional entra en crisis, cuando durante la Primera Guerra Mundial los partidos socialdemócratas se unen a sus burguesías respectivas». Lenin aborda este fenómeno en lo que para Valdés-Dapena es una joya literaria: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

«Lenin demuestra cómo ha evolucionado el capitalismo mediante la fusión de los capitales bancarios e industriales, el papel de las colonias, etc. Como Marx, Lenin es un teórico de la revolución, es el hombre que habla de la transición al socialismo, que comprende el papel de las colonias en el sistema económico mundial y su potencial como catalizadoras del cambio, crea la Tercera Internacional Comunista con el siguiente principio: proletarios de todos los países y pueblos oprimidos del mundo, uníos. Es, respondiendo a su pregunta, quien concreta, de forma casi inmediata, las ideas de Marx. Incluso, los bolcheviques ven a la Revolución Rusa como la antesala de la revolución europea o de la revolución mundial. Por eso, en la historia del marxismo, la historia de la Revolución Rusa es la primera y más importante del siglo xx», concluye.

Un último intercambio de ideas

El marxismo, y el Octubre Rojo, impactan después en Antonio Gramsci, Georg Lukács, Karl Korsch, quienes han influido en muchos de los movimientos socialistas o marxistas que en la actualidad se despliegan por el mundo. Una frase de Jacinto, nos produce una sonrisa cómplice: «Los gurús de hoy, se apoyan en los sabios de ayer». Todavía nos quedan preguntas y sabemos que el número de páginas de la revista es finito. Decidimos lanzarnos a un último round de preguntas y respuestas.

Luego del derrumbe del campo socialista y la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), prevaleció una hegemonía del capitalismo. ¿Se puede aspirar entonces a un mundo socialista? ¿comunista?

Soy de los que cree que Estados Unidos no ganó la guerra fría, sino que fue la URSS quien perdió. En la actualidad el mundo ha comprendido que no puede existir la unipolaridad, las relaciones internacionales deben ser multilaterales, y no debiera existir ningún tipo de subordinación. En la actualidad hay pocos países que se declaran socialistas, pero con sus particularidades. ¿Qué los define? El carácter de su economía, sus políticas sociales, su política de solidaridad.

Yo creo que la sociedad socialista está por construirse. Se puede aspirar a una sociedad que busque la emancipación humana, la liberación del ser humano, con condiciones materiales de vida que garanticen la felicidad de los individuos.

La Revolución Cubana se inició como un proceso de liberación nacional, antiimperialista, martiano, que luego se radicalizó en un pensamiento marxista autóctono, cubano y fidelista. El mayor reto que tenemos es garantizar una sociedad que permita la libertad individual, la emancipación humana y

la solución de los principales problemas materiales, partiendo de las tradiciones más autóctonas de nuestro socialismo.

Desde su perspectiva marxista, ¿qué definiría hoy a un revolucionario?

Lo primero es tener convicciones. A las revoluciones se llega por dos caminos, conveniencia o convicción. Los que llegan por conveniencia son los oportunistas, los otros, los auténticamente revolucionarios.

Es necesario poseer una fe inquebrantable en que lograremos los objetivos, pero sin maniqueísmos, apostando por la verdad —que es siempre revolucionaria— y utilizando un pensamiento crítico, no para mortificar, sino como una forma de conocer el mundo en que vivimos y poder transformarlo. La emancipación humana es la meta, el hombre y la mujer del futuro deben reencontrarse con ellos mismos desde un punto de vista espiritual; las personas no pueden ser cosificadas, no se pueden convertir en mercancía, eso fue lo que Marx siempre nos alertó.

Marx afirmó en su contexto que el único medio para arrebatarse el poder a la burguesía es la lucha armada, ¿sigue siendo esa la opción?

Marx explicó que todas las categorías son históricas y para mí, en el contexto actual, puede o no llegarse al poder mediante la vía de la violencia revolucionaria. Evo Morales, por ejemplo, dice que hay que llegar con los votos y no con las balas. Otros movimientos insurgentes encontraron en las armas la única vía, y en la selva el único refugio.

En el mundo de hoy es muy difícil llegar por la violencia al poder, aunque no creo que ello implique invalidarla como un método de lucha.

Lo más grave del momento no creo que sea la vía para alcanzar el poder. Lo más grave es lo complejo del contexto.

La aniquilación de los principales líderes en América Latina por parte de Estados Unidos y otros gobiernos neoliberales ha debilitado a la izquierda latinoamericana. Me pregunto si existe hoy una izquierda consolidada, estructurada. Creo que de los movimientos sociales pueden nacer organizaciones efectivas para asegurar el poder, pero no se puede obviar la importancia de los partidos políticos. No tienen que ser partidos marxistas necesariamente, sino una estructura de partido, con un programa político, una estrategia revolucionaria. A veces se confía mucho en la espontaneidad, y no se trabaja en la disciplina, en la organización, en la formación ideológica.

Es necesario dialogar sobre la utilidad del marxismo para todos los tiempos, entendido dentro de un todo y validado por las propias circunstancias que le dan un sentido actual. A doscientos años del nacimiento de Marx, ¿qué del marxismo habríamos de rescatar para los jóvenes de hoy?

Su condición humana. Su método dialéctico para interpretar las condiciones actuales. El optimismo. Habría que reexaminar su visión y concepción de las clases sociales, valorar el concepto de formación económico social para su actualización, tener presente el sentido de la praxis, el sentido de que la filosofía no es especulación sino acción, comprender y adoptar como estilo de vida la afirmación de Marx de que la felicidad está en la lucha.

De Marx al Che Guevara

El nombre de María del Carmen Ariet está estrechamente vinculado a uno de los íconos revolucionarios más importantes del siglo XX y con presencia perpetua en lo que va del XXI. Caracterizado por su humanismo, latinoamericanismo y antiimperialismo, el Che Guevara cautivó a la generación de esta humilde y apasionada profesora que creció y se formó con la Revolución.

La vida la puso en el camino de Aleida March. La amistad inseparable las hizo cómplices en una misión histórica: rescatar, ordenar y conservar la papelería que a su muerte había dejado Guevara. Los años que ha pasado estudiando la vida y obra del Che y desempeñándose como Coordinadora académica del Centro de Estudios Che Guevara, le han permitido ser una de las personas en Cuba que con más autoridad puede hablar de esta figura histórica.

Pero María no llegó al Che Guevara por azar de la vida. Su formación marxista, sus ideales revolucionarios y su enérgico carácter conspiraron en esta suerte de provocación intelectual. ¿Cómo era la universidad de aquellos años fundacionales?

Comenzaré haciendo una aclaración sobre aquellos primeros años de Revolución. No fueron iguales los años comprendidos entre 1959 y 1965, marcados por un real enfrentamiento de clases, que los que vinieron después. En el caso particular de las universidades, se libraba la batalla de la Reforma Universitaria y comenzaban a perfilarse los objetivos de la nueva universidad en el socialismo. El fenómeno del sectarismo también se había manifestado tempranamente y explotado en 1962,

con su consiguiente secuela. No quiere decir que todo se borró de un plumazo, pero se había aprendido la lección. Las acciones positivas o negativas tenían como marco de referencia nuestros propios errores.

Después, aunque se arrastraron algunos problemas, las formas y el contenido se fueron modificando, influidos por la propia obra de la Revolución. Los grupos de estudiantes y su origen de clase, cambiaban en actitudes e intereses; la masa estudiantil era otra. En esa vorágine —donde muchos no tenían una conciencia clara de la dimensión de los problemas; había que aprenderlos en la práctica cotidiana— comienzan a perfilarse los nuevos caminos y roles que debíamos asumir la mayoría de los estudiantes que nos incorporábamos a una revolución socialista en el Caribe, a 90 millas de Estados Unidos, una osadía que aún no han perdonado nuestros enemigos.

¿Cuál era el marxismo que se discutía en las aulas de la Universidad de La Habana?

Es importante tener en cuenta que en ese proceso de cambio tan intenso y radical, muchas veces los jóvenes, por su propia extracción social, no conocían a profundidad la importancia de los debates académicos y políticos que se desarrollaban en la época ni tampoco dentro de determinados sectores políticos en el país. Por todo eso, Cuba tuvo que convertirse en una gran escuela —como diría el Che—, como necesidad obligada para avanzar en nuestro desarrollo, incrementándose el interés por ampliar la cultura y la ideología que sustentaban la política en Cuba.

Es decir, que para una valoración de la filosofía, en general, y del marxismo, en particular, que se enseñaba y se «discutía», hubo que pasar por tamices que evolucionaban acorde con el

conocimiento que se iba adquiriendo. Se pasó por una prueba directa mediante una práctica, y esa prueba fue el detonante que impulsó a buscar respuestas a nuestras dudas, inclinaciones, y sobre todo, a buscar dentro de nosotros mismos, por la necesidad de crecer espiritualmente, como lo exigían los tiempos, acorde con la vocación intelectual propia y por la influencia que se recibía de las instituciones educacionales, entiéndase las universidades o las escuelas de formación política de entonces, creadas para la superación de los cuadros. De una forma u otra, por un camino u otro, lo cierto es que se estudiaba con dedicación y se iba encontrando en el marxismo un pensamiento, una teoría que sentíamos afín a nuestra conducta y a nuestros actos.

Quizás no se tenía la certeza de lo que se buscaba, pero sí la garantía de lo positivo de la búsqueda y de su utilidad. No solo se hacía en el orden personal para satisfacción individual, sino para lograr una interpretación adecuada y sólida acerca de lo que se transformaba, y ver cómo se podía contribuir a hacerlo mejor. En ese diapason crecimos, unos con más profundidad de pensamiento que otros y también acorde con las influencias que se imponían en el camino.

En ese sentido, una parte de nosotros, nos fuimos topando con la enseñanza de la filosofía y adentrándonos en el conocimiento del marxismo casi de forma espontánea, pero a la vez compleja, si se tiene en cuenta el poco o nulo dominio que poseíamos para alcanzar una adecuada interpretación de su historia y desarrollo. Ya ese salto se produce cuando estábamos dispuestos a profundizar en algo que trascendía la media del interés de la mayoría y nos íbamos involucrando con personas y grupos afines a esas inclinaciones, influenciados, como es lógico, por la vocación.

Esta explicación, a pesar de lo extensa, es importante tenerla en cuenta porque determinar qué marxismo asimilábamos o asumíamos, pasaba por nuestro vínculo con un determinado grupo o tendencia afín. No se puede pensar que un simple alumno de cualquier carrera universitaria que tenía que cursar la asignatura dentro de su currículo se cuestionara, en sus primeros momentos, sobre la existencia de tendencias, de los debates en boga y las interpretaciones que se derivaban de ellos, influidas o no por el dogmatismo o el escolasticismo; o si en verdad lo que se impartía formaba parte de una realidad compartida por todos.

Esto lo fuimos aprendiendo cuando desde los primeros años de los sesenta, comenzaron a manifestarse determinadas directrices dentro de esferas institucionales oficiales. Era la época en que se impartía en las escuelas de instrucción revolucionaria el marxismo suscrito, en casi su totalidad, a la versión estalinista acuñada; apoyada en el uso de manuales elaborados mediante un pensamiento dogmático y restrictivo.

Al principio era una especie de ensayo y error, donde se comenzaba a comprender y a asumir una u otra posición, muchas veces por el contraste simple de lo que demostraba la práctica y su equivalencia en lo teórico. Por eso, es tan importante ubicar en tiempo y espacio las diferencias entre lo que se había decidido impartir en las aulas universitarias, con lo que se impartía en las llamadas escuelas orientadas o guiadas por el partido, como centro que irradiaba un interés por promover un pensamiento oficial.

Desde esos años sesenta comienza la confrontación en diferentes escalas y niveles, donde no se excluye la enseñanza universitaria, porque de manera curricular los estudiantes universitarios cursaban un marxismo no apegado a los cánones de

los manuales tradicionales, sino que era el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana —creado en 1962— el que se encargada de elaborar los programas y los textos de estudio.

La pugna porque primaran las posiciones más ortodoxas, estaba permeada por el sectarismo de esos años, que presionaba para tratar de homologar o unificar la formación de los estudiantes. El costo de esa deformación trajo aparejado, sin ser absolutos, el mecanicismo, el simplismo, la enseñanza memorística y la imposición de una enseñanza distanciada o empequeñecida de la verdadera dialéctica de la historia.

Lamentablemente, esa tendencia se impuso, reduciendo la discusión a un núcleo pequeño que quedó fraccionado cuando, en 1970, se decide cerrar el Departamento por no atenerse a lo que se consideraba la línea «oficial» de la enseñanza del marxismo, trayendo como consecuencia la interrupción de un proceso de debates, polémicas y discusiones muy fructíferos para la intelectualidad y para los jóvenes que se formaban dentro de los estudios de las Ciencias Sociales y de especialidades afines.

Con el tiempo, las huellas de esa historia, de sus protagonistas y de su tesón, han sido retomadas por nuevos grupos generacionales, no solo por la mera discusión en el plano intelectual sino por la propia necesidad de cambios renovadores a partir de los problemas complejos que se manifestaban en el mundo socialista y en nuestra sociedad a fines de los años ochenta y principio de los noventa, los que nos afectaban en todos los órdenes de la vida y en nuestras aspiraciones individuales.

Es cuando emerge un intento de acercamiento por encontrarse con un pasado reciente, para nada olvidado, y que se iba retomando con el objetivo de conocer y tratar de explicar los fenómenos tan contradictorios que se habían producido y que

tanta repercusión tuvieron para los revolucionarios cubanos y para el pueblo en general, de modo muy particular para una juventud necesitada de reencontrarse con su historia, cultura propia y con problemas comunes matizados por circunstancias diferentes. Renacía el interés por el marxismo en determinados círculos, se intentaba modificar el contenido y la forma de impartirlo en los centros universitarios o, al menos, en debatirlo con más amplitud, tratando de acercarse al impulso vital que tan útil y necesario fue en nuestra formación intelectual.

Esa búsqueda —desde una etapa conflictual en lo ideológico, no así en lo político o dentro del poder político en Cuba, al contar con el liderazgo de Fidel— ha resultado compleja, dubitativa y heterodoxa, acorde con los tiempos que corren y en la que se involucra la totalidad de la sociedad. Sin embargo, en el plano intelectual, aun con huellas confusas y con una u otra incompreensión, ha servido para contribuir a un debate postergado, pero que demuestra la necesidad del mismo para poder debatir y polemizar en torno a la validez y utilidad del marxismo en el devenir de nuestra realidad sociopolítica y cultural, en el presente y futuro de Cuba.

Estoy convencida de que ese camino, además de ayudarnos a llenar el vacío que se impuso, puede contribuir a nuestro crecimiento espiritual y a medir nuestras fuerzas en torno a cómo debemos actuar para reconstruir el camino propio. El compromiso está ahí y los actores también. Se necesita repensar el proyecto original que tantos beneficios reportó; aunque sea difícil, algunos lo hayan abandonado, o se hayan perdido convicciones sobre su funcionalidad y creatividad.

En esa realidad, pensar en el marxismo es un reto, no porque algunos lo han decretado en exterminio, sino porque su capacidad objetiva y sus métodos no han perdido su fuerza

demostrativa para nuclear lo mejor de las generaciones, a pesar de momentos en que lo han querido despojar de su esencia revolucionaria. Ese quizás era el marxismo que, desde los años sesenta, las nuevas generaciones de revolucionarios cubanos pretendieron sembrar; el que, sin duda, encontró oídos receptivos e inteligencias para defenderlo; y el que debemos rescatar con la intensidad de su propia veracidad y capacidad renovadora.

¿Quiénes asumieron y de qué manera, el marxismo en Cuba?

Algunos de quienes asumieron el marxismo lo hicieron influidos por las directrices emanadas de las instituciones comunistas internacionales de corte estalinista, que abogaban por la coexistencia pacífica y la vía democrática burguesa para alcanzar el poder. Otros lo hicieron desde el enfrentamiento directo. Ese factor se mantuvo presente en el antes y el después del triunfo revolucionario, hasta ir vislumbrando un marxismo que, en su dialéctica y en su práctica constructiva, alentaba y abogaba por la multiplicidad de acciones, nunca por intermedio de una camisa de fuerza que impusiera soluciones alejadas de nuestra realidad como nación.

En nuestra historia republicana se distinguieron figuras radicales e imprescindibles como Mella, Guiteras y Villena, cuando se decidieron, por intermedio de la lucha contra la dictadura machadista y combatir de manera frontal la dominación capitalista desde posturas antiimperialistas y marxistas. Ese historial se acrecienta, años después, por el impulso irrestricto al derrocamiento de la dictadura batistiana, expresión de toda una historia de lucha en la que se habían involucrado lo mejor de la juventud, de izquierda o de derecha, para alcanzar la plena soberanía nacional. Se trataba de, sin exclusión de militancia,

establecer un principio fundamental de lucha común para cambiar la sociedad en su conjunto.

Al producirse ese salto de calidad, dispuestos a emprender nuevos derroteros y convocar al pueblo a participar en esos cambios, los más emblemáticos pronunciamientos y manifiestos estaban marcados por ideales socialistas, desde las posturas asumidas por la Generación del centenario y el liderazgo de Fidel desde el propio ataque del cuartel Moncada, como fuerza impulsora del Movimiento 26 de Julio.

Esas bases primarias contribuyeron a profundizar y a involucrar a la mayoría en un proceso de transformación político e ideológico que se intensificó con el triunfo de la Revolución, una vez que, en 1961, se asumiera el carácter socialista de la Revolución y se adoptara como ideología el marxismo.

¿Qué aportó esta filosofía a un proceso como el que se desarrollaba en Cuba?

Sin mucha clarificación se comenzó a avanzar en torno al papel transformador del ser humano en dicho proceso. En Cuba hombres y mujeres se convirtieron en los sujetos protagónicos de los cambios, se desarrolló la educación en todas sus manifestaciones, como eje fundamental de los nuevos procesos, aspecto que les permitiría adquirir un compromiso moral, de lealtad y sacrificio ante la obra por construir.

La lucha feroz contra el poder dominante y comprender de qué lado estaba la justicia y la igualdad son lecciones que se fueron aprendiendo y adquiriendo a medida que el proyecto revolucionario avanzaba en sus conquistas, reforzado por una educación de masas, con el objetivo de aprender y profundizar en las fuentes esenciales de la ideología y la fuerza motriz

del modelo que se estaba conformando, por intermedio del marxismo.

Creo que, en todo ello, el papel esencial de hombres y mujeres combina con certeza la relación entre teoría y práctica, binomio sustancial en el carácter demostrativo del valor del socialismo en Cuba y de la teoría marxista cuando se aplica consecuentemente. Que todo no ha salido como se esperaba, que nos hemos enfrentado a fuerzas irracionales externas e internas, que no siempre hemos hecho las cosas como se debían y un sinfín de cosas más, es cierto. Pero, en última instancia, una parte de los errores se debieron y se deben al haber asumido los mismos que se cometieron por el socialismo existente, mediante una aplicación dogmática de un modelo inoperante, sumado a nuestros propios errores, sin justificación de ningún tipo. No obstante, se produjo un salto cualitativo para decidir el camino propio, dosificado con nuestras propias realidades y circunstancias.

La lección aprendida y el costo que significa asumir preceptos repetidos en condiciones diferentes impidieron, en determinados momentos, un acercamiento más reflexivo al marxismo. El cómo entender los procesos acorde a sus particularidades, aunque sin perder los fundamentos válidos de su sistema de pensamiento y acción, fueron y son nuevos retos a tener en cuenta bajo un prisma diferente en un mundo que no es el mismo y que, a su vez, las fuerzas dominantes persisten en la repetición de problemas insolubles, incapacitados de garantizar un modo de vida cualitativamente superior.

Y por supuesto que no se puede pasar por alto la importancia del pensamiento y actuar del Che en este sentido; y su esfuerzo realizado por estudiar y profundizar sobre los caminos emprendidos por el socialismo y dónde y en qué momento se bifurcaron esos caminos, alejándose de los postulados esencia-

les del marxismo y del intento de ponerlo en práctica. Tuvo el mérito de rescatar para el pensamiento marxista de la Revolución Cubana, en especial el ideario de Fidel, el concepto del papel del hombre en la construcción socialista, y la omisión, por parte de los manuales vigentes, de una parte del pensamiento filosófico de Marx y Engels, tan necesario en el cambio que desde lo interno de la conciencia debiera manifestarse para hacer real el papel que le corresponde desplegar en la nueva sociedad.

Por eso, ante la existencia de tendencias en el mundo que se esfuerzan en devaluar el marxismo, en Cuba se puede aseverar —a pesar de los problemas existentes, que son muchos y que hay que superarlos si queremos preservar la obra de la Revolución— la presencia y fundamentación de una teoría que mantiene su validez, cuando de cambios reales se trata. Debemos hacer efectiva la lucha por la unidad a lo interno y entre las fuerzas más empobrecidas del mundo, donde el compromiso de Cuba, acerca de cómo alcanzar un peldaño superior de humanismo, solidaridad e internacionalismo, es una prueba consecuente de cuánto ha influido el marxismo en nuestro comportamiento como expresión superior de nuestros preceptos políticos.

Nos queda un recorrido arduo para construir, desde la teoría, nuevas formas y objetivos. Somos conscientes de que nunca se ha podido desarrollar el marxismo a plena capacidad, porque sus limitaciones se han centrado más en la interpretación que en principios y objetivos bien definidos en el plano teórico, muchas veces alejados de sus contextos y las especificidades de cada realidad en que se manifieste cualquier experiencia revolucionaria. En esas raíces, insisto, están los aportes, conscientes o

no, que han estado presentes en la obra de la Revolución y en su ideario político, por más de sesenta años.

Usted mencionaba al Che Guevara, marxista de raíces profundas que al salir a luchar por otros pueblos dejó en Cuba lo más puro de sus esperanzas de constructor de esa sociedad nueva a la que se entregó incondicionalmente. ¿Era el Che un convencido marxista?, ¿cuáles considera sus esencias filosóficas, políticas y económicas?

Ernesto Che Guevara irrumpe en el proceso revolucionario cubano desde que se comenzó a gestar la preparación de la lucha armada en México. Sin embargo, como llegara afirmar, no se necesitó mucha persuasión para hacerlo efectivo, después que realizara sendos viajes por el continente en aras de conocer sus dificultades y convencerse de cuál era el único camino que solucionaría esos males. Por eso, al conocer a Fidel en junio de 1955, queda comprometida su participación en la lucha al considerar esa ruta como la acertada.

Ernesto era un joven con ansias de conocer la realidad latinoamericana, acompañado, además, de una vasta cultura desde épocas tempranas de su adolescencia. Sobre todo, y siempre hay que remarcarlo, apasionado por la filosofía, materia que lo acompañaría en sus estudios autodidactos y mediante la cual descubre el marxismo, sus principales pensadores y sus preceptos transformadores.

En especial lo cautiva la obra de Carlos Marx, su fundador, a la que se adhiere y estudia con profundidad en su etapa de juventud, pero con más ahínco dentro del proceso revolucionario cubano en su condición de dirigente, al sentir la necesidad de su valor en el proceso de transición socialista asumido por Cuba.

Claro que una obra tan compleja como es la Revolución Cubana a escasas millas de Estados Unidos, asediada y atacada de forma permanente, necesitó no solo de valor y heroísmo de su pueblo, sino también de un pensamiento radical y transformador en qué basarse y sustentarse. Al declarar su carácter socialista, el vínculo con los países socialistas no se hace esperar; de ahí la extrema importancia que tuvo para el Che el conocimiento del marxismo y sus fundamentos como la base teórica del sistema socialista.

En ese entorno, Guevara desempeña un papel importante al tratar de poner en práctica, en consonancia con esa decisión, todo su caudal de conocimientos y profundizar en las experiencias teórico-prácticas alcanzadas, especialmente la obra de Lenin como el conductor de la Revolución de Octubre y el ejemplo de su significación en el orden práctico. Esos años de experiencia contribuyeron a sentar las bases de la transición socialista asumida por la Revolución Cubana, a lo que se añadió el esfuerzo que realizó el Che por penetrar, no solo en la teoría marxista, su valor y significado, sino también en ir conociendo sobre su evolución y algunas de las dificultades que apreciaba y que, a su juicio, impedían avanzar en su desarrollo hacia la transición socialista.

De esa forma se produce un salto cualitativo en su actuar como dirigente, que lo hacen ejemplo en su desempeño dentro de sus múltiples funciones, pero a la vez, lo estimulaban a estudiar y a impulsar el socialismo como la fuerza vigorosa y única para combatir el capitalismo y hacer del marxismo la doctrina esencial de sus ansias de emancipación.

Dentro de las complejidades acaecidas en el llamado sistema socialista, de sus problemas para un adecuado desempeño por los caminos de justicia e igualdad, encuentra el Che nuevos asi-

deros para hacer realidad esas cualidades al entender que se iban perdiendo en un retroceso que tendía más al capitalismo que al logro consecuente de una nueva sociedad.

A su decisión de marchar a un internacionalismo sin fronteras para alcanzar sus sueños libertarios, se le suma entonces un profundo conocimiento e interpretación del marxismo como arma y guía para alcanzar esa meta. Es cierto que el punto focal se encontraba en el actuar y la conciencia del ser humano — el único que puede alcanzar los cambios, convencido de su mejoramiento humano —, pero también apoyado en la teoría más eficaz: el marxismo en su plena capacidad de transformación para obtener la supresión de la explotación y la esclavitud.

Para el Che, el camino único estaba en el socialismo pero con una dimensión superior, pensar desde el primer momento con mentalidad comunista; quizás lo más difícil y muy cercano a lo idealista, pero también, a su juicio, lo más certero para poder cambiar la conducta y el actuar de los individuos en su desprendimiento particular para pensar y actuar como un todo.

Se trata no de repetir hasta la saciedad la existencia de un hombre nuevo cuando se sabe lo complejo y difícil que resulta lograrlo, pero es en sus esencias que se debe y se puede obtener su realización plena; no es una mera utopía porque la historia vivida en circunstancias específicas lo ha demostrado. En la lucha por obtener la unidad encontró el Che la razón de su vocación y actuar revolucionario, convertido en un símbolo perenne para todo tiempo más enaltecedor.

En los momentos decisivos que vive Cuba y América Latina, ¿por qué volver sobre sus ideas?

Creo que de los argumentos explicados y lo acaecido con la desaparición del socialismo, no se puede pretender que los aná-

lisis y la puesta en práctica de determinadas concepciones utilizadas por el Che en la realidad de la Cuba de los sesenta, tiene total vigencia. Pero negarlo —como pretenden algunos— sería obviar que existen fuerzas y movimientos sociales que continúan dando batalla y que están convencidos de la posibilidad de alcanzar un modo de vida mejor.

Pensar en el Che como la figura que puede contribuir a la unidad y a la integración de las fuerzas más progresistas y radicales es válida, siempre y cuando no lo veamos como un instrumento parcializado y extremo. Convertirlo en un mito despojado de su actuar, se compartan o no algunas de sus propuestas, sería faltar a su verdad y a su ejemplo consecuente.

Es cierto que dejó enseñanzas, una ética indestructible y una coherencia total, pero por esas mismas razones no debemos ni podemos repetir hasta la saciedad la subjetividad de su actuar sino lo acompañamos consecuentemente con algo que consideraba lo más necesario: el ser humano como el ente esencial transformador y transformable. Ese es el Che que se debe tener presente y no olvidar lo que escribiera en su diario de Bolivia en circunstancias turbulentas y de enormes dudas: «ser revolucionario representa el escalón más alto de la especie humana».

Esa es la señal y el verdadero símbolo a seguir en momentos tan convulsos como los que se viven en América Latina hoy y las siempre olvidadas regiones del mundo, donde quizás no conozcan detalles de la obra de Marx y del propio Che; pero la certeza de que ambos lucharon por conquistar un mundo mejor, siempre encuentran un oído receptivo.

La Revolución debe mantener esa diversidad*

Aurelio Alonso conserva la mística que le impregnó ser fundador del Departamento de Filosofía y de integrar el consejo de dirección de la revista Pensamiento Crítico. Es Profesor Titular de la Universidad de La Habana. Recibió en 2013 el Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas y, en 2018 el Premio Félix Varela que otorga la Sociedad Económica de Amigos del País. Desde 2006 se desempeña como subdirector de la revista Casa de las Américas.

En 1959, cuando triunfó la Revolución Cubana, Aurelio cumplía 20 años. Por eso, cuando en 2019 se arriba a los sesenta del trascendental suceso histórico, podemos afirmar que tres cuartas partes de la vida de nuestro entrevistado se han desarrollado en el proceso revolucionario.

Graduado de Sociología en la Universidad de La Habana ha sido fiel testigo de conquistas y desaciertos, de justicias e incomprensiones. Sus ideas han esgrimido incesante combate desde el terreno de las Ciencias Sociales. Al llegar a su casa, sabemos que asistimos a una conversación con la historia reciente de Cuba.

¿Qué fue lo primero y lo que más le impactó de la Revolución Cubana?

A diferencia de Fernando Martínez y de algunos de mis compañeros, yo no tuve prácticamente historia revolucionaria. No fui un joven deslumbrado con el nuevo proceso. Repudiaba la tiranía de Batista y simpatizaba con que hubiera un cambio,

* Una versión de este trabajo fue publicado en la revista *Alma Mater*, no. 580, enero-febrero, 2019.

pero no me daba confianza del todo. Además, tenía un origen de clase más acomodada; estudié Negocios en Estados Unidos. Me hice revolucionario cuando volví, con la libertad que yo constaté, ofrecía la Revolución.

Había pensado que Fidel podía ser un dictadorzuelo más de América Latina, más valiente que otros, más brillante como político, capaz de derrocar al régimen ilegítimo existente, con carisma movilizador; pero que aquello podía terminar en otro ejemplo latinoamericano de caudillismo.

Fue el contacto con la transformación que Fidel lideraba lo que me hizo rectificar. Cuando llegué aquí empecé a vivir la percepción de una sociedad en la que cada cual podía jugar un espacio personal, podía hacer una entrega de la que se sintiera responsable, podía realizarse en el bien común a diferencia del individualismo que conocía. Descubrí la energía que tiene el carácter del espíritu de la nación y de la patria a través de la Revolución. Eso me hizo revolucionario y, además, uno muy radical.

¿Por qué con tantas publicaciones que vinieron después y un acervo tan grande de cultura y teoría revolucionaria en Cuba, perdura en cada una de las nuevas generaciones la revista Pensamiento Crítico y aquel legendario Departamento de Filosofía?

La Revolución, entre otros aspectos, también fue un cambio cultural de la que emergieron, rápidamente publicaciones desde el principio de 1959. Hubo tres muy importantes. *Lunes de Revolución* agrupó a una generación de la intelectualidad cubana que no participó en la lucha activa, pero no amaba a Batista y buscaba, en muchos casos, una sociedad liberal. *Casa de las Américas* —con el mismo nombre que la institución que, fundada en 1959, le dio origen— comenzó a salir a principio

de 1960; es una revista temprana en la que el proyecto se abre al mundo y además conecta con América Latina. La tercera otra gran revista es *Cine cubano*, la publicación del ICAIC (Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica).

Pensamiento Crítico vino después; es el signo de otra generación, posterior, pero muy cercana y conectada con la Revolución. Aunque tuvo una historia breve creo que fue muy importante. Es la revista de un grupo de jóvenes que en 1962 habíamos sido seleccionados para pasar un curso con especialistas hispano-soviéticos y enseñarles Filosofía y Economía Política marxista en la Universidad de La Habana.

Creamos *Pensamiento Crítico* porque sentíamos que faltaba análisis e información política actualizada. Aquellos primeros años generaron una basculación para la literatura, más bien soviética. Existía ausencia de una serie de publicaciones.

En Cuba nunca se había editado a Platón o Aristóteles. Las élites tenían acceso a otras editoriales, pero no había una política cultural que lo propiciara. La revolución editorial empezó por el mundo de la literatura. En cambio, en el ámbito de los estudios sociales y filosóficos no ocurrió igual. Existía la presión de «marxistizar» el socialismo recién aprobado por el pueblo en 1961, y el camino escogido fue el marxismo soviético. Es decir, el marxismo sistematizado desde la Unión Soviética (URSS), que respondía a unos cánones teóricos que —bajo el estalinismo— se habían dogmatizado.

En los primeros años confluyen diferentes puntos de vista, pero entre los marxistas predominan las posturas soviéticas, importadas a la Revolución por los viejos comunistas cubanos. No somos un grupo que nace para criticar lo vetusto, nacemos pensando, en alguna medida, como los antiguos socialistas y con estilo soviético. No venimos de otro mar-

xismo, nos educamos en ese mismo pero, en la medida que estábamos estudiando, vivíamos una política que mostraba situaciones contradictorias y cuando empezamos a profundizar, nos dimos cuenta de que los manuales estaban llenos de simplismos doctrinales. Entonces vamos conformando nuestra heterodoxia.

El primer número de la revista nació con cuatro mil ejemplares y al sexto, o séptimo número, ya tenía 15 mil; excepto *Casa de las Américas*, ninguna publicación similar llegó a imprimir esa cantidad, que yo recuerde. Hicimos una revista que daba un panorama de América Latina con el pulso de los problemas de la época. Era sobre todo, información política, estudios, teorías de análisis. Enseguida tuvo una gran aceptación.

La cerraron porque, mirada de cierto modo, era parte de un fracaso. Fue un modo de pensar que el proceso no se pudo costear el sostenerlo políticamente, porque la Revolución había fracasado económicamente.

El bloqueo puso a la Isla en el borde de la bancarrota. Hubo incluso viejos socialistas, que intelectualmente eran gente muy abierta, como Carlos Rafael Rodríguez, que no estaban de acuerdo con que desapareciera el grupo de Filosofía, ni *Pensamiento Crítico*. Sostenían la tesis de que ese grupo debía mantenerse, a lo mejor no con todo el apoyo que habíamos tenido, pero debía mantenerse.

Cuando se habla de la política cultural cubana durante los primeros 20 años, se enfatiza en el quinquenio —para algunos, decenio— gris y salen a la luz frustraciones, errores e injusticias cometidas. Si ponemos en una balanza las cosas buenas y las cosas malas, ¿podríamos decir que la Revolución en Cuba revolucionó, para bien, el ámbito cultural? A mi juicio la idea originaria del Consejo Nacional de Cultura estaba

más en sintonía con el esquema revolucionario, pero considero que quienes lo dirigieron no fueron capaces de elaborar una política cultural revolucionaria. Recuerden que el «quinquenio gris» fue la expresión del último Consejo, de 1971 a 1976; no dejó un recuerdo feliz de la estructura como Consejo, y todo eso sucumbe en el tránsito al CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica) que tiene lugar después de desaparecido el Departamento de Filosofía.

Lo que ocurre con este departamento y la revista *Pensamiento Crítico* es la antesala de un retroceso cultural mayor para toda la intelectualidad, el cual se consolida en el Primer Congreso Revolución y Cultura, donde se hace doctrina la discriminación, hasta con prohibiciones formales hacia los homosexuales, los creyentes religiosos, etc. Esta «cosa» fue calificada por Ambrosio Fornet como quinquenio gris porque toma como punto de partida el año 1971 y como punto final el 1976, con la creación del Ministerio de Cultura, con Armado Hart a la cabeza.

La designación de Hart frenó la onda discriminatoria en ciertos aspectos aunque se mantuvo en el terreno ideológico. El marxismo seguía siendo uno, oficializado. En lo sucesivo no podríamos pararnos en un aula a dar clases. Yo, que me había mantenido en la universidad, incluso después que cerró el Departamento, tuve que irme cuando disolvieron los grupos de investigación en 1975.

Cuando se crea el Ministerio de Educación Superior, conjuntamente con el de Cultura, se decide que la casa de altos estudios no puede tener estructuras de investigación que no estén directamente vinculadas a los programas docentes, entonces los grupos nuestros —de estudios cubanos, latinoamericanos y socio-religiosos— se desarticulaban. No obstante, el saldo de la Revolución en el ámbito cultural es también revolucionario

porque desde el principio, el primer paso que da es hacer una edición de *El Quijote*, en gran escala, para toda la población.

Empezaron gestos de una política cultural abierta en beneficio de todos y las editoriales nacionalizadas comenzaron a publicar clásicos de la literatura. La creación del sistema de escuelas de arte, del Teatro Nacional, del movimiento de aficionados, son genuinos eslabones de la Revolución en la cultura.

Es cierto que se editó mucha literatura rusa, por la presencia fuerte de los viejos socialistas, pero hay que reconocer que la literatura rusa había sido marginada antes de 1959. No solo la soviética sino también muchos clásicos. En Cuba hemos logrado crear una cultura distinta. Es en lo que más hemos evolucionado: una cultura más fuerte, con más solidez, con más base, a la vez más problematizada.

La apropiación estalinista del marxismo, hizo que las ideas de Marx se propagaran por los países socialistas y al interior de las organizaciones políticas comunistas, de manera muchas veces distorsionada. Después de 200 años del natalicio del autor alemán, ¿no se arrepiente Aurelio Alonso de haberse asumido como marxista cubano?

De ningún modo, es más, me sigo asumiendo. Considero que todo lo que pienso se enmarca en el gran descubrimiento que Marx hizo como científico y en sus tres grandes aportes globales. El primero es la crítica de la economía política, que significa del capitalismo; el segundo, el cambio en la concepción de la historia, y el tercero, que nada de eso es hecho por una ficción intelectual sino para modificar la sociedad, es decir, la búsqueda de una teoría de la Revolución. Es una comprensión de que lo que tú estás teorizando, no es una abstracción filosófica ni una abstracción histórica ni política, sino el camino hacia un cambio social que le toca a tu generación hacer. Tú tienes que revolucionar, esa es

la misión del ser humano. Un proceso revolucionario solo puede seguir llamándose así, si es capaz de revolucionarse a sí mismo.

Nuestras organizaciones políticas y de masas defienden la existencia, desarrollo y perfeccionamiento de un partido único. ¿Qué opinión sostiene usted al respecto, en momentos en que la falta de unidad y la fragmentación política caracterizan a la región latinoamericana y caribeña?

Marx nunca tuvo una teoría definida del partido. Incluso, utilizó el concepto de formas diferentes. Siempre tuvo la noción de que hacía falta una organización de la revolución. Quien llegó más a fondo a desarrollar la teoría del partido fue Lenin. Aunque vale destacar la visión que tuvo José Martí desde Cuba. La visión de Martí con el Partido Revolucionario Cubano antecede a la de Lenin, esa concepción de hacer un partido para dirigir la revolución y para formar la República, porque su partido no solo tenía una función en la lucha desde la oposición sino también una función constitutiva. Sin embargo, nunca dijo que lo veía como un partido único. Pienso que el partido puede ser único o no ser único, de acuerdo a las circunstancias en que se produzca el fenómeno revolucionario y evolucione su vanguardia.

En Cuba, lo que nosotros conocemos como Partido Comunista es una organización que integró a las diversas fuerzas revolucionarias. El problema es que en las condiciones históricas concretas, este país no tuvo República hasta el siglo XX. No tuvo partidos políticos que representaran intereses nacionales hasta el siglo XX y cuando los tuvo, fueron un injerto del sistema de partidos estadounidenses; en sus inicios, uno conservador y otro liberal, que no pensaban distinto: eran la misma cosa, para dar la imagen de una alternancia ficticia. Aquella era una política que nació corrupta con partidos corruptos.

Con la Revolución estos partidos desaparecen, a pesar de que no hubo ningún decreto que los prohibiera; se desintegraron, se desvanecieron, se deslegitimaron porque no encajaban en la nueva institucionalidad de la sociedad. No obstante, yo no aceptaría jamás la tesis de que el socialismo tiene que ser unipartidista o pluripartidista. Me gusta constatar que permanezca la diversidad. Pero mientras más partidos existan, hay más posibilidades de corromper.

Para mí, en la visión del socialismo marxista, no está resuelto el problema de la relación que tiene que existir entre partido y Estado. Pienso que la opción que se deriva del marxismo es la del partido como fuerza moral formativa. No por encima del Estado, sino a su lado, o mejor, dentro, porque el Estado es el pueblo, y su vanguardia es parte del pueblo, no está encima. La Revolución tiene que llevar al pueblo a gobernarse. El partido se supone que agrupa a la vanguardia. La «intelligentsia» revolucionaria, decían los bolcheviques.

Una última pregunta sobre su vida en la Revolución Cubana: ¿ha sido usted feliz?

Yo sí he sido feliz. ¿Qué cosa es la felicidad? Hay muchos aspectos de mi vida en los que me siento realizado. Además, en esta última etapa, recibir el Premio Nacional de Ciencias Sociales ha sido muy satisfactorio. No porque los premios me hagan sentir distinto, sino porque me demuestran que las cosas que he dicho no las he estado diciendo en vano, que no perdí mi tiempo. Porque realmente uno choca tanto con la realidad que hay momentos en que la realidad te hace preguntarte si es acertado o no lo que haces. Hoy siento que no he perdido mi tiempo. A punto de cumplir los 80 años, te puedo asegurar que el saldo de mi vida es un saldo feliz.

Cuba en y por América Latina

Alberto Prieto Rozos es sin duda uno de los profesores imprescindibles para la Cuba de hoy. Los que han leído su obra o presenciado sus clases y conferencias en las universidades de la Isla y de otros países latinoamericanos, quizás sepan que es Doctor en Ciencias (de nivel superior) (1989); Doctor en Ciencias Históricas (1983); Profesor Titular (1983); Profesor Consultante (2000) y Profesor de Mérito (2012).

En el mundo catedrático preside las cátedras Benito Juárez (México, 1992) y Manuel Galich (Guatemala, 2009) de la Universidad de La Habana y el Tribunal Nacional de Ciencias Políticas. Además es miembro de número de la Academia de la Historia de la República de Cuba desde 2010 y miembro de Honor del Tribunal Permanente de Historia. Asimismo es parte de la ADHILAC y de la UNEAC. A este destacado curriculum se suma que se desempeñó como jefe del Departamento de Historia de la Universidad de La Habana (1995-1998) y que durante años, a partir de 1994, fue Director de Ciencias Sociales y Humanísticas en la Comisión de Grados Científicos de la República de Cuba.

Conversar con él, es revivir la historia de Cuba y de América Latina de forma atractiva, crítica y sugerente. Nunca dice palabras al azar. Cada juicio emitido por el catedrático, lleva detrás años de estudio. Sus oportunas reflexiones sobre el pasado y presente de la región comprendida del Río Bravo a la Patagonia, no se puede analizar aislando un suceso trascendente en la historia del continente: la Revolución Cubana.

Enero de 1959, ¿qué ocurre en Cuba?

Es el momento en que triunfa la rebeldía armada, encabezada por Fidel Castro, cuya vanguardia era el Ejército Rebelde. A partir de ese momento se intervinieron las propiedades malversadas por los antiguos gobernantes, se rebajaron los alquileres para luego entregar la propiedad de los domicilios a sus inquilinos, se dictó una ley de Reforma Agraria que expropió los latifundios e hizo surgir, al lado de la pequeña propiedad campesina, cooperativas y granjas estatales. Se transformaron los cuarteles en escuelas. Se fundaron milicias de obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales. Se nacionalizaron los bancos y demás compañías extranjeras. Se estatizaron 400 empresas propiedad de criollos. Se constituyeron en los barrios Comités de Defensa de la Revolución. Se revolucionó la sociedad en su totalidad.

En septiembre de 1960, se llegó a crear un Buró de Coordinación de Actividades Revolucionarias, encargado de integrar al exinsurrecto Movimiento 26 de Julio, con el estudiantil Directorio Revolucionario y el proletario Partido Socialista Popular. Todas estas medidas representaron un gran paso de avance en la historia de América Latina. Se demostró que no existían barreras infranqueables para un proceso decidido a llegar a su máximo desarrollo. Todo dependía del sector social que ocupara el poder y de cómo y quiénes lo dirigiesen.

¿Cómo influye el surgimiento de una revolución socialista en un continente en el que preponderaban los poderes hegemónicos del capitalismo?

Cuba proclamó el carácter socialista de la revolución en vísperas de la derrotada invasión mercenaria — abril de 1961 — que el imperialismo organizó por Playa Girón. Luego emitió

—febrero de 1962— la trascendental Segunda Declaración de La Habana, entre cuyas principales ideas estaba la que afirmaba que el movimiento de liberación contemporáneo latinoamericano era indetenible. Pero, para lograr eso, resultaba imprescindible vertebrar el esfuerzo de obreros, campesinos, intelectuales, pequeños burgueses y capas progresistas de la burguesía nacional, sin prejuicios ni divisiones o sectarismos. En dicho movimiento —precisaba la declaración— debían luchar juntos desde el viejo militante marxista hasta el católico sincero, así como los elementos avanzados de las fuerzas armadas.

En América Latina, el triunfo revolucionario cubano influyó profundamente en las conciencias de los más audaces; entendían que amplias perspectivas de liberación se abrían para millones de humildes y desposeídos, cuya lucha podría terminar con la opresión. Y hubo quienes de inmediato se lanzaron al combate guerrillero rural: Nicaragua, Panamá, Guatemala, Haití, Perú, República Dominicana, Paraguay, Bolivia y Venezuela.

En contraste, en Chile, se optó por el revolucionario programa electoral de la Unidad Popular, con Salvador Allende al frente, quien propuso el surgimiento de tres áreas de propiedad bien diferenciadas. Una englobaría las empresas estatales existentes, así como todos los monopolios criollos y extranjeros que fuesen nacionalizados, además de las riquezas básicas y el comercio exterior. En otra, operarían los sectores medios de la burguesía y algunas dependencias del Estado. La tercera sería un área por completo privada, destinada a los pequeño-burgueses y cuentapropistas. Además, se contemplaba acelerar la reforma agraria, afectando las grandes propiedades particulares con el propósito de establecer sobre ellas formas cooperativas de

producción, y a la vez reorganizar a los minifundistas y defender las comunidades indígenas mapuches. Con esos preceptos, Allende ocupó la presidencia el 4 de noviembre de 1970. Al poco tiempo, Estados Unidos inició un bloqueo silencioso contra Chile, a la vez que en el Congreso Nacional la derecha impedía que se aprobara la ley sobre las tres áreas de la economía, y falsamente acusaba al presidente de querer estatizarlo todo.

Dado que en los comicios parciales de marzo de 1973, la Unidad Popular obtuvo el 44% de los votos, muchos en el ejército se convencieron de que los procedimientos constitucionales no servirían para detener el proceso de transitar a otra sociedad. Por ello, los más apresurados generales-traidores promovieron que las unidades blindadas del regimiento Tacna, llevaran a cabo un intento de golpe militar, que resultó fallido. Pero el gobierno insistió en dejar incólume los mandos y estructuras de las fuerzas armadas. Entonces la reacción se sintió segura y pasó a la ofensiva. El 11 de septiembre de 1973, se produjo el ataque al Palacio de la Moneda. Se evidenciaba que la Unidad Popular no tenía un plan de lucha para defender a su gobierno, lo cual posibilitó la rápida victoria de los conjurados, que implantaron el fascismo-militar.

¿Y la Revolución Sandinista?

A mediados de 1979, la dirigencia del Frente Sandinista de Liberación Nacional —que contaba con el apoyo masivo del pueblo— decretó una huelga política general. El 9 de junio estalló en Managua una insurrección popular. Entonces se constituyó un Gobierno Provisional que proclamó cuatro principios rectores: no alineamiento internacional, relaciones con todos los países del mundo, autodeterminación de las naciones, estatización de los bienes somocistas, así como de la banca, el comer-

cio exterior, la minería y las tierras ociosas. Con esos preceptos, el 19 de julio de 1979, triunfó la insurrección. Cuba, que ya había apoyado directamente la prolongada gesta guerrillera, envió miles de médicos, maestros y asesores en diversas ramas —incluida la militar— para sostener el triunfo del programa social que impulsaba Daniel Ortega.

En fechas más recientes, otros procesos revolucionarios se han proclamado deudores de la Revolución Cubana. La Revolución Bolivariana de Venezuela —con Hugo Chávez y Nicolás Maduro—, la transformación de la República Boliviana en el unitario y novedoso Estado Plurinacional de Bolivia —liderada por Evo Morales—, y la Revolución Ciudadana —durante el gobierno de Rafael Correa—, son tres de los ejemplos más cercanos.

Efectivamente, esos procesos mencionados se inspiraron en la Revolución Cubana. En Venezuela, a principios de 1999, Chávez ocupó la presidencia y convocó a elaborar una constitución que permitiera transformar el país, la cual fue aprobada por el 72% de los votantes, inició así la construcción de una sociedad «rumbo al socialismo del siglo XXI». Su temprana muerte fue un duro golpe para la izquierda latinoamericana.

Bolivia, un país sumergido en la ingobernabilidad a causa de las intensas luchas populares contra el neoliberalismo, encontró en el candidato del Movimiento al Socialismo, el aymará Evo Morales, la vía para logros muy concretos. Bastaría citar la nacionalización de los hidrocarburos y la convocatoria para una Asamblea Constituyente, para comprender el camino de transformaciones que se inició en esa nación a partir del año 2006.

Por su parte, en Ecuador, durante una década, diversos presidentes se sucedieron en el poder sin lograr la menor estabilidad gubernamental. En ese convulso panorama, el joven

economista Rafael Correa —fundador del Movimiento Alianza País— anunció sus propósitos de aspirar a la primera magistratura en las elecciones. Triunfó en los referidos comicios y en enero del 2007 ocupó la presidencia, desde la cual convocó a una Constituyente, cuyo texto fue aprobado en referendo popular. Entre sus primeros aciertos destacaban la proscripción de la base militar estadounidense en Manta, el establecimiento de una mayor intervención del Estado en la economía y la reglamentación del pago de la deuda externa.

¿Cuánto impactaron en la geopolítica del momento esas victorias electorales y sus agendas de transformación?

Estos gobiernos sin duda originaron una corriente de simpatía hacia lo que de forma genérica se ha denominado «socialismo del siglo XXI», así llamado para diferenciarlo de la fallida experiencia soviética, estatista, burocrática y monopartidista.

Estos nuevos procesos rechazaban el predominio del mercado y la lógica monopolista de maximizar las ganancias al formular las políticas públicas, lo que había incrementado las quiebras y desaparecido los ahorros de pequeños y medianos empresarios, a la vez que multiplicaba el desempleo en campos y ciudades. Los regímenes neoliberales habían desregulado la economía para incentivar la especulación por encima de las actividades productivas, promovido el librecomercio, privatizado empresas públicas —por debajo de su valor real—, desnacionalizado las riquezas naturales, y aplicado medidas deflacionarias en lugar de reactivar la economía por medio de gastos gubernamentales.

A la vez, el nuevo socialismo pretendía tranquilizar a la «clase media» pues respaldaba la permanencia de los productores privados medianos, así como los mecanismos electorales

multipartidistas de la llamada «democracia representativa». Las concepciones políticas del «socialismo del siglo XXI» también se oponían a las prácticas belicistas de Estados Unidos, recuperaban el patriótico legado histórico latinoamericano, reivindicaban los valores culturales indígenas, e incorporaban las precedentes prácticas de colaboración social del nacionalismo populista.

Los propugnadores de esta novedosa concepción, conformaron partidos de masas que rivalizaron con éxito en las sistemáticas elecciones pluripartidistas, o en las convocatorias a referéndums para asegurar trascendentes cambios constitucionales. Al mismo tiempo, fomentaron en los barrios —y a veces en algunas fábricas— el autogobierno local, mediante consejos comunales no partidistas, para eludir la tradicional burocracia, ineficiente, hostil y corrupta.

Luego financiaron gran cantidad de programas destinados a elevar el nivel de vida de la población más humilde: obreros, trabajadores autónomos, pobres y desempleados, madres solteras, campesinos. Dicha práctica incluía una vasta atención médica —realizada con frecuencia por cubanos— y el acceso a la educación hasta la Universidad, ambas con carácter universal y gratuito.

¿Qué opinión le merece el surgimiento de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) en febrero del 2010?

Esta novedosa organización —por primera vez sin la presencia de Estados Unidos— debe promocionar el desarrollo sostenible regional, e impulsar los intereses del área en los foros globales ante acontecimientos de relevancia mundial.

La agrupación integracionista latino-caribeña en poco tiempo forjó crecientes relaciones con China y Rusia, a la vez que

su existencia forzó a Estados Unidos a reconsiderar su sistemática política de hostilidad contra la Revolución Cubana. Se evidenció que en el hemisferio —y en el resto del mundo— las pretensiones estadounidenses de aislar a Cuba no habían funcionado; en ese aspecto el gobierno de Washington se encontraba solo, mientras que el de La Habana atraía las simpatías de toda la humanidad.

Recientemente vivimos fuertes momentos de tensión en Nicaragua, de incertidumbre en países como Brasil y Argentina, de retrocesos peligrosísimos en países como Ecuador. Los gobiernos bolivianos y venezolanos están en la mira de la ultraderecha y son agredidos mediática y violentamente desde el exterior. La victoria de López Obrador en México puede implicar un paso hacia adelante. ¿Cómo observa el escenario actual y qué papel puede desempeñar Cuba en pos de ser — como lo fue en 1959 — un faro de luz en medio de tanta oscuridad?

En Nicaragua, los reiterados y contundentes éxitos electorales del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) a partir de 2006, no eliminaron a los enemigos del sandinismo en las sangrientas luchas del pasado. Primero contra la dictadura nepotista de los Somoza y después frente a la Contra, ambos respaldados por Estados Unidos. Estos elementos, desplazados del poder por la victoriosa revolución, esperaron el momento oportuno —aprovechando ciertas coyunturas internas favorables— para tratar de desestabilizar, con acciones violentas, al país. Pero el gobierno de Daniel Ortega mantuvo el equilibrio necesario, y buscó una solución negociada. Así, con el uso moderado de sus fuerzas, derrotó a los reaccionarios en el transcurso de unos meses.

En Ecuador la situación no fue la misma, pues el retroceso se impulsó desde las propias filas de Alianza País, dividida por

el accionar de individuos que otrora fueron estrechos colaboradores de Correa. Esos traidores mantuvieron su camuflaje hasta que demagógicamente accedieron al poder, y después dieron su artero zarpazo político. Han revertido importantes medidas internas llevadas a cabo por la Revolución Ciudadana, y deshecho el sistema latinoamericanista representado por UNASUR y el ALBA-TCP. Desde su exilio, el expresidente se empeña en reagrupar fuerzas con la esperanza de mejorar el futuro de la nación.

En Brasil Dilma Rousseff ganó la reelección presidencial en 2014, pero con una participación minoritaria en el Congreso. La coalición gubernamental se rompió cuando la corrupción salpicó a los aliados de la presidenta — quienes tenían el control del Poder Legislativo —, y la mandataria se negó a respaldarlos. Dichos individuos entonces recurrieron a una artimaña legal o «golpe parlamentario», mediante el cual se le depuso de la primera magistratura aún sin probarsele malversación alguna. Luego, al evidenciarse la preferencia popular por la candidatura del expresidente Luiz Inácio Lula da Silva

para las elecciones presidenciales de 2018, el amañado Poder Judicial brasileño lo encarceló con una supuesta acusación de soborno. En estos momentos todo depende de que las movilizaciones populares alcancen tal magnitud, que los detentores de los poderes del Estado se vean compelidos a liberarlo antes de los programados comicios.

En Argentina el desgarrado peronismo no logró superar sus disensiones internas para las elecciones generales de 2015. Tampoco los desunidos políticos proclives al «Socialismo del siglo XXI» obviaron sus discrepancias, y presentaron separadas sus candidaturas. Esto viabilizó el triunfo electoral de Macri. A pesar de ello, las fuerzas partidistas, ahora opositoras del

oficialismo, mantienen sus diferencias y cada cual lucha por separado. Esto ha facilitado la ofensiva judicial contra los precedentes detentores del Poder, acusados de corrupción.

En Bolivia el Movimiento al Socialismo perdió en 2016, el referendo que permitiría a Evo Morales reelegirse nuevamente al Poder Ejecutivo. Pero el Congreso de ese país aprobó dicha candidatura a los nuevos comicios presidenciales. Esa autorización no parece haber disminuido la fisura entre los movimientos indígenas quechua y aymará, ni los diferendos entre obreros de las minas en el Altiplano y campesinos de la Amazonía. Estas lipídias dificultan revertir en un futuro los resultados adversos de hace dos años en las urnas, aunque es deseable que la inteligencia, carisma y popularidad de Evo logren para Bolivia la mejor solución posible.

En Venezuela la muerte de Hugo Chávez en 2013, representó un fuerte golpe a la Revolución Bolivariana. Esto se evidenció en los siguientes comicios presidenciales, donde Nicolás Maduro ganó con solo 50.66% del total de votos. Luego se produjo el triunfo opositor (56.2%) en las elecciones legislativas de diciembre de 2015, lo cual estimuló a elementos reaccionarios a realizar acciones violentas o «guarimbas» por toda la república, con el objetivo de desestabilizar al gobierno. En esa difícil coyuntura se convocó a una Asamblea Constituyente, en la cual los partidarios del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) y sus aliados obtuvieron una decisiva mayoría. Entonces periclitó la vieja Asamblea Legislativa, que debió ceder su protagonismo al nuevo cuerpo deliberativo. Este emitió decisivas medidas que facilitaron al gobierno la pacificación del país. A la vez se acometió el reordenamiento de la economía, muy afectada por el desplome de los precios internacionales

del petróleo, que representaban el 90% de las exportaciones venezolanas.

En 2006, el prestigioso Andrés Manuel López Obrador, jefe del gobierno del Distrito Federal de la Ciudad de México, anunció sus aspiraciones presidenciales con una plataforma anti-neoliberal que prometía menor desigualdad y mayor justicia. Era el candidato del Partido de la Revolución Democrática (PRD), en alianza con el Partido del Trabajo y Convergencia Democrática. Pero los comicios terminaron en un colosal fraude, algo que se repitió un sexenio después sin que la dirigencia del PRD tomara medida alguna para apartarse de la «politiquería», tan rechazada por su desilusionada militancia. Entonces López Obrador acometió la creación de una fuerza política propia, que se acercara a los verdaderos anhelos y preocupaciones del pueblo. Así AMLO —como se le conoce en la jerga popular mexicana— y sus principales colaboradores, recorrieron todos los rincones del país, incluso los más recónditos. Se forjó de esa manera una corriente política novedosa que insufló esperanza en las masas e hizo surgir el Movimiento Regenerador Nacional (MORENA). Este alcanzó tal popularidad y adoptó tantas medidas preventivas en las urnas, que en los comicios de 2018 arrasó en todos los Estados de la federación —menos en uno—, lo cual hizo imposible la repetición del fraude. Así López Obrador hizo historia e inauguró una etapa superior en la vida política de México.

En este complejo escenario latinoamericano, Cuba ha sido desde 1959, faro y guía para los pueblos de América Latina y el Caribe, brindando su ayuda y solidaridad a todos aquellos países que lo han necesitado. En el aspecto interno, es de señalar que nuestra Isla mantiene su política socialista, con las adecuaciones necesarias para el desarrollo del país. Un ejemplo ha sido la participación de la población en la actualización del modelo

económico. De esta consulta popular emergió un documento más preciso, que se aprobó en el VI Congreso del Partido. Con esa experiencia, la dirigencia revolucionaria cubana ha convocado en la actualidad a reformar el texto constitucional vigente. Y se repite la práctica de discutir entre todos los cubanos —incluso los residentes en el extranjero— los criterios propuestos acerca de las transformaciones constitucionales. Posteriormente, con todas las propuestas de la ciudadanía, la Asamblea Nacional realizará la redacción definitiva de la nueva Constitución, a ser aprobada mediante referéndum popular. Se muestra así al mundo la manera democrática de actuar de la Revolución Cubana.

El arte no puede ser propaganda

Abel Prieto Jiménez es de los intelectuales más lúcidos y comunicativos que constituyen referentes para nuestra generación. Su labor al frente del Ministerio de Cultura lo hizo ganar respeto y prestigio en un gremio tan difícil como el que ha tenido la oportunidad de liderar en dos ocasiones y durante varios años. El pretexto para este diálogo fueron las políticas culturales de la Revolución Cubana; sin embargo una idea llevó a la otra; conversamos entonces sobre cultura, identidad, Cuba, Fidel, Lennon, las revoluciones.

¿Cuánto determinaron en el curso de la política cultural de la Revolución Cubana tres momentos que a nuestro juicio marcaron pautas en los primeros 20 años de Revolución: la intervención de Fidel en 1961 después de tres días de discusiones en la Biblioteca Nacional – conocida como Palabras a los intelectuales –, el Primer Congreso de Educación y Cultura en 1971, y la creación del Ministerio de Cultura en 1976?

Palabras a los intelectuales es la conclusión de varias jornadas de debate, esencialmente estas discusiones giraron en torno a los límites de la libertad creadora. Esta era la preocupación de muchos artistas y escritores cubanos, pensando siempre en la referencia del modelo soviético, lo que llaman penalismo socialista: la idea de un estilo oficial impuesto por el Estado, la idea que se pudiera en Cuba limitar la experimentación, la búsqueda, los nutrientes de la vanguardia creadora del siglo XX. Fidel concluye con ese discurso que se convirtió en una plata-

forma en términos de conceptos, esencial para la política cultural de la Revolución Cubana.

Fidel cierra esas discusiones, fijando una posición respecto al llamado realismo socialista y a los errores que se habían dado en la Unión Soviética al rechazar el arte abstracto, el arte experimental, el surrealismo y todas las corrientes de vanguardia; y buscar un arte que fuera moralizante, un arte que expresara un sentimiento afirmativo, que evitara la incertidumbre, las búsquedas y terminara en una especie de final feliz.

Alfredo Guevara decía, con mucha razón, que ese arte terminó siendo muy ineficaz como propagada, un arte mediocre, porque el arte no puede ser propaganda en ningún sentido. Fidel eso lo dejó totalmente claro. La Revolución no iba a imponer ningún tipo de estilo artístico. Al propio tiempo, hizo un llamado a los intelectuales y artistas de todas las generaciones, de todas las tendencias, a unirse en esa cruzada.

La Revolución no pretendió ponerle normas a la gente, invitó a todos los intelectuales y artistas presentes a que se sumaran a una cruzada cultural a gran escalada. Recordemos que es el mismo año de la alfabetización y ese encuentro se produce poco tiempo después de la invasión por Playa Girón. Ya estaban fundados el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfico (ICAIC), Casa de las Américas, la imprenta nacional, las escuelas de instructores de arte.

En su intervención se sentaron las bases de lo que sería después el sistema de enseñanza artístico. Fidel incluyó a todos, independientemente de sus criterios políticos o creencias religiosas. Él dijo una frase que yo siempre repito porque a mí me parece que es muy asintomática: «Solo podemos renunciar a aquellos que sean incorregiblemente reaccionarios». Fidel dice que tenemos que trabajar con toda esa masa de intelectuales

y artistas; solo excluiríamos a aquellos que sean incorregiblemente reaccionarios. Previó, incluso, que podían haber reaccionarios que cambiasen su posición ante la vida, que cambiasen su posición respecto a la Revolución, a Cuba. Es un discurso unitario. Lo interpreto como una extraordinaria convocatoria, muy abierta, ecuménica, a toda la gente con ideas en el campo de la estética, de la educación artística, a todos los que pudieran aportar a una obra cultural mayor.

De ese discurso se conoce lamentablemente solo una frase: «Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada». Eso a veces se cita mal. Es la frase del catecismo, del eslogan. Dentro del discurso significa algo que Fidel explicó a fondo: si un enemigo de la Revolución quiere utilizar el terreno artístico para hacerle daño, la Revolución tiene el derecho a defenderse. Desafortunadamente, no se lee en toda su amplitud; pero fue un discurso fundador, aunque el propio Fidel, muchas veces después, dijo que fue coyuntural. Para mí, tiene una excepcional trascendencia, ha sobrevivido a muchos otros periodos. Luego de 58 años todavía hay que regresar a *Palabras a los intelectuales*.

¿Y el Congreso de Educación y Cultura?

En el Primer Congreso de Educación y Cultura, en 1971, hubo personas ambiciosas, muy mediocres, que utilizaron una de las comisiones de ese congreso para hacer una especie de depuración en el campo cultural. De ahí nació lo que Ambrosio Fornet llamó el quinquenio gris. Después de ese debate se hicieron visibles personas que más tarde tendrían responsabilidad de dirección en instituciones de la cultura. Fue un momento de homofobia explícita, se elaboró la tesis de que un homosexual no podía tener influencia en el campo cultural porque era una

especie de elemento nocivo para los jóvenes. Hubo una especie de actitud de «vigilancia moral», cuando en realidad fue más moralina, pseudo moral, moral burguesa, barata.

Aparecieron tendencias anticulturales de prejuicios contra los intelectuales. En la Cuba de Martí, de Fidel, dos intelectuales deslumbrantes, surgieron ese tipo de prejuicios, como si fueran personas ajenas al pueblo, una especie de aristocracia nociva elitista. Después pasó toda una etapa difícil, amarga, donde a muchos escritores importantes los expulsan de su trabajo en instituciones nacionales y terminan trabajando en lugares diversos.

Aquel fue un momento de retroceso en el que se traicionó el espíritu del discurso de Fidel de 1961. Aquel espíritu unitario, aquella idea verdaderamente estimulante de que solo se puede considerar irrecuperable aquel que sea incorregiblemente reaccionario. Eso se convirtió en una especie de paranoia. Se mezclaron muchas cosas; el componente homofóbico con la idea de la extravagancia. En ese momento en La Habana había *hippies* y entonces el pelo largo, que había surgido como una especie de símbolo de la emancipación, que era símbolo de los guerrilleros de la Sierra Maestra, de aquella generación de los sesenta que realmente puso en peligro al sistema luchando contra la guerra de Vietnam, manifestándose, haciendo canciones, organizando grandes conciertos contra la guerra, fue considerado una influencia negativa para nuestros jóvenes.

En la radio preferíamos poner el pop de la España franquista. El rock que tiene un componente de protesta, emancipador, pero que era en inglés —el idioma, vamos a decir, de nuestros enemigos— fue rechazado. Poníamos, en cambio, aquel pop lite, regrabado, diluido, mediocre que nos venía de la España de Franco. Recibíamos y difundíamos aquí, produc-

tos que ya la censura de Franco les había mutilado todo tipo de aristas peligrosas para el sistema.

No podemos decir que aquello reinó en toda la cultura cubana porque allí estaba Casa de las Américas que fue un bastión con Haydee Santamaría, Roberto Fernández Retamar, Mariano Rodríguez, con las principales figuras de la intelectualidad latinoamericana, que trabajaban allí y que fueron un baluarte en la defensa de la cultura, nuestra y del continente. En el ICAIC no prosperó ese tipo de corriente retardataria, homofóbica, moralista. En el Ballet Nacional, Alicia; en el teatro, Raquel Revuelta; hicieron gran resistencia a que ese tipo de corriente proliferara. Aquella fue una coyuntura triste que traicionó el espíritu fundador y unitario de *Palabras a los intelectuales*.

La creación del Ministerio de Cultura implicó la llegada de un hombre verdaderamente admirable, extraordinario: Armando Hart, que sí tenía muy claro ese espíritu unitario que había planteado Fidel en 1961. Convocó a todos los artistas a trabajar con él, hizo justicia en muchos casos en los que se habían cometido errores graves sobre importantes figuras, publicó libros que habían sido vetados, se acercó a la intelectualidad y recobró la comunicación entre ellos y la dirección revolucionaria que se había quebrado durante los años de 1971 a 1976.

Hart llegó a convertirse en un verdadero líder de los intelectuales. La idea de que la cultura no se administra, que a la cultura hay que encontrarle cauce y apoyarla, no tomar decisiones de política cultural sin escuchar a la vanguardia intelectual y artística, llevar lo mejor del arte nuestro y universal a las comunidades. Armando creó todo un sistema de instituciones culturales en la base: casas de culturas, bibliotecas, museos, galerías; el país se llenó de pequeñas instituciones, porque no

eran grandes palacios, ni con pretensiones desde el punto de vista material, pero sí con mucha influencia en el tejido espiritual de la comunidad. Eso ayudó mucho en cuanto a extirpar los prejuicios hacia los intelectuales.

Él insistía mucho en que había que ver este campo como procesos culturales, donde los creadores y los receptores eran participantes. No había un creador encaramado en una especie de estrado y un receptor pasivo recibiendo la lluvia luminosa que pudiera emanar de la palabra o de la canción o de lo que fuera de ese que estaba sobre el pedestal. Era un proceso cultural donde los grandes artistas nacían de ese propio pueblo.

La enseñanza artística se nutrió de jóvenes adolescentes, niños que venían de todas partes del país, de los lugares más remotos, del campo, de las comunidades llamadas marginales, venían de los lugares más populares. No eran «hijos de papá», no eran burguesitos, eran personas que traían lo profundo de la cultura popular cubana a flor de piel.

¿Qué otros momentos importantes han influido en nuestra política cultural?

En los años noventa Fidel se acercó mucho a la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, participó en muchas reuniones del Consejo Nacional de la UNEAC, en sus congresos y estableció un diálogo verdaderamente fecundo. En ellos se trataron cuestiones vitales para el país como el tema de la marginalidad, la supervivencia, prejuicios raciales, la tan frecuente confusión entre lo yanqui y lo moderno.

Esa relación de Fidel con la UNEAC tiene un momento cumbre cuando en 1993 dijo que la cultura era lo primero que teníamos que salvar. En un momento donde solo había unas horas de electricidad diaria, el transporte estaba totalmente colapsado,

la gente no podía ir al teatro, la UNEAC creó un movimiento de «coordinadores municipales», empezó a fomentar presentaciones artísticas sin ningún tipo de requerimiento, sin audio, sin luces, sin escenario, muy cerca de la gente. Podría decirse que fruto de la crisis surgieron fórmulas para la resistencia cultural que fueron importantes; y en ese momento en que faltaban tantas cosas y estábamos pasando por una dramática situación de restricciones, en términos de recursos, que Fidel dijera que la cultura era lo primero que había que salvar, es algo que hay que entenderlo en toda su dimensión y alcance. Él no dijo: el arte y la literatura son lo primero, él dijo la cultura, incluyendo nuestra identidad, incluyendo todo lo que significa nuestra cultura nacional en términos de principios, de valores, de rasgos que nos diferencian de otras naciones.

En esos años se produjo un éxodo artístico, que tuvo mucho que ver con la contracción de empleo, no había en la televisión, ni en la radio. En las instituciones culturales se trabajaba prácticamente un día a la semana. La vida cultural se contrajo muy dolorosamente. Los artistas empezaron a buscar contratos en el exterior, la mayoría hacia América Latina, Europa, algunos pocos en Estados Unidos, porque eran contratos eventuales. No eran personas que habían decidido emigrar; en ese momento se aprobó — cuando todavía la política migratoria nuestra tenía un grupo de limitaciones — una política muy flexible y abierta para el sector cultural.

Tres mil o cuatro mil artistas salieron del país, muchos por la UNEAC, otros por el Ministerio de Cultura y sus instituciones, pero se mantenían en contacto con su país, con su institución. Fueron muy raros los casos — se pueden contar con los dedos de una mano — los artistas que se fueron en ese momento y se pusieron a militar en la contrarrevolución. Muchos regresaron,

otros vienen cada vez que pueden, tienen mucho interés en mantener una vida activa en el país.

A lo largo de estas seis décadas, ¿cuáles han sido los errores más graves y cuáles los mayores aciertos en materia de política cultural?

Uno de los errores más graves fue la etapa de los años setenta y toda aquella política distorsionada y disparatada que hizo mucho daño. Los mayores aciertos han sido evitar por todos los medios que el mercado del arte sea el que nos dicte las políticas. En el mundo de hoy una de las cosas más terribles que ha ocurrido es que el mercado es el que dicta quién vale la pena y quién no.

Un error ha sido no haber logrado una política coherente entre el Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT) y el Ministerio de Cultura, algo que ha creado problemas, obstáculos, nos ha hecho daño en términos de coherencia. Lo mismo puedo decir respecto a la difusión de la música en espacios públicos, la difusión de arte vulgar. Creo que si todas las instituciones que tienen que ver con política cultural trabajaran de manera más coherente, podríamos frenar el creciente mal gusto que hay en la población cubana, la afición por la música comercial más mediocre y no perder más terreno en la lectura, el cine de arte.

La gente cada vez ve más cine mediocre, barato, películas o series que tienen muy poco en términos estéticos, en términos de enriquecimiento del espíritu. Todo eso tiene que ver con la avalancha de chatarra cultural que no hemos sabido combatir de manera coherente. Coherencia es una palabra clave, coherencia no es unanimidad, no es que en todas partes estemos presentando al mismo grupo, simultáneamente, como una especie de coro. Coherencia quiere decir que los principios básicos de

una política de difusión de arte y cultura sean sostenidos por distintas actividades.

Otro desacierto ha sido que no hemos fomentado un espacio para la crítica de arte y literatura realmente rigurosa. Es necesario que se establezcan patrones de juicio porque un funcionario no puede decidir qué es bueno y qué es malo, pero la crítica concebida como la suma de opiniones de un grupo de gente que sabe de lo que está hablando sí puede establecer jerarquías.

Usted ha comentado que uno de sus días más felices fue cuando el 8 de diciembre de 2000 quedó inaugurada la estatua de John Lennon en un parque de La Habana, ¿cuánto simbolizó aquel hecho en el que participó el propio Fidel?

Fue durante el 20 aniversario del asesinato de Lennon. Ese fue un día muy feliz para mí y mi generación porque de pronto la Revolución Cubana acogía a un símbolo de aquella contracultura de los sesenta que se había inspirado en los guerrilleros de la Sierra Maestra. De pronto Lennon formaba parte de nuestro Olimpo progresista revolucionario y Fidel que estuvo allí, hizo comentarios aquella tarde sobre la frase que puso Villa¹ en la base de la estatua, que es de *Imagine*: «Dirán que soy un soñador pero no soy el único», y él dijo: «Yo soy así también».

Esa fe en los sueños y utopías que tuvo aquella generación que estuvo contra la guerra de Vietnam, contra el fascismo, contra la humillación de la mujer, a favor de las mejores causas que podían ser defendidas en aquella etapa, tenía muchos puntos de contactos con lo que defendíamos en Cuba. Sin embargo, por razones superficiales, colaterales, habíamos colocado a esa generación en la acera de enfrente.

1 Se refiere al escultor cubano José Villa Soberón.

Teníamos los mismos enemigos, Nixon era tan enemigo de Lennon como de la Revolución Cubana. Fue como un rompecabezas que estaba desarticulado, las piezas estaban sueltas, de pronto se cristalizaron y se vio la coherencia de algo que uno intuía, yo lo intuía siempre. Tener el pelo largo, disfrutar el rock, disfrutar los símbolos de la cultura rebelde de los sesenta no podía ser antagónico a amar a Fidel, a amar a los que asaltaron el Moncada, a amar nuestra historia, a Martí. Teníamos los mismos enemigos y luchábamos por ideales semejantes. *Imagine* es una canción profundamente anticapitalista.

A veces se aprecian incoherencias en la forma en que se proyecta la política cultural en el país, ¿qué sería para usted lo más importante en ese afán de mantener y «salvar la cultura»?

Es importantísimo el tema de las jerarquías. Jerarquías quiere decir que la gente sepa lo que vale la pena, lo que realmente hay de trascendente en la obra de Mozart, Beethoven, Benny Moré, Lennon, Led Zeppelin. Ellos llegaron a ofrecerle a la humanidad una especie de paradigma en términos de carga musical, poética, espiritual. Hoy lo que es puro entretenimiento banal está confundido con lo que te puede enriquecer como persona y hacer crecer como ser humano. Todo eso en el mundo enloquecido que vivimos está confundido en una especie de caos. Deberíamos nosotros intentar establecer jerarquías usando la crítica, usando el razonamiento.

Esto no hay que confundirlo con una especie de tribunal institucional ni mucho menos, las jerarquías las va estableciendo la crítica y la tiene que ir estableciendo también la difusión, el debate. Nosotros tenemos una gran fortuna, tenemos la vanguardia intelectual organizada, tenemos la UNEAC, la Asociación Hermanos Saíz, que es de jóvenes. En los espacios que

construyan esas asociaciones, predominará un discurso no gremial, no sindicalero, no de reclamaciones, sino un punto de vista colocado en lo más central e imprescindible de la cultura.

En el ámbito periodístico, Julio García Luis hablaba de mecanismo de regulación y autorregulación en los medios de prensa, pues defendía la tesis de que el término «censura» no existía en los medios cubanos. ¿Es legítimo regular el arte?

El arte no se puede regular, lo que se regula es la distribución. Hay determinadas obras de arte que se pueden exhibir por televisión y hay otras que deben ser exhibidas en determinados circuitos más experimentales. La institución y el artista tienen que debatir cualquier tipo de decisión que haya que tomar sobre la distribución de la obra, no solo sobre la creación. Es un disparate, un absurdo pensar que se puede regular sobre la creación. La creación tiene que ser absolutamente libre. Sin embargo, la institución que tiene que distribuir esa obra ya adquiere, con respecto a los públicos, otro tipo de responsabilidad.

Son decisiones que nunca las debe tomar un funcionario o un censor caricaturesco; son decisiones que hay que tomar colectivamente, discutiendo con transparencia. Según mi experiencia, lo mejor en este caso es el debate transparente, sin ningún tipo de prejuicios, golpe bajo o trampa, discutir mirándose a los ojos, el artista y esa institución que debe tener su consejo asesor formado por artistas de la más alta calidad, de mayor prestigio. Creo que el problema solo se produce cuando hay un gran arte que puede tener un mensaje que alguna gente no lo entienda.

Recuerdo cuando se discutió *Suite Habana* (2003), una extraordinaria película. En el momento en que se estrenó hubo personas que no la entendieron, que vieron en ella una espe-

cie de carga de melancolía, de desánimo, de desmovilización, la vieron como una película que podía hacerle daño a lo que necesitábamos. Creo que al contrario, *Suite Habana* es una lección deslumbrante de cómo la dignidad se puede mantener aún en las más difíciles condiciones materiales. Pero hubo que debatir, hubo que discutir.

Cuando la crítica y la institución tienen ante sí una obra que hay que defender, hay que defenderla. También hay momentos en que uno tiene ante sí una obra que es muy mediocre; que lo que está buscando es, mediante una provocación, alcanzar cierta resonancia mediática.

Con las nuevas tecnologías ya nada puede censurarse. Puedes hacer una película y ponerla en Youtube, o una obra plástica y circularla por el mundo entero a través de las redes sociales. Hoy las nuevas tecnologías hacen irrisoria la censura; y entonces la censura funciona como un mecanismo contrario, se convierte en una especie de bumerán.

Durante seis décadas muchos artistas han emigrado del país, algunos incluso han sido críticos fuertes del proceso revolucionario. Hay quienes son del criterio de prohibir su obra, otros reconocen, amén de sus posturas políticas, el valor que tiene. ¿Cómo dialogar con la obra de aquellos cubanos que se han asumido enemigos de la Revolución?

Hay grandes artistas e intelectuales que emigraron. Sin embargo, su obra nos pertenece y nosotros la hemos difundido. Cuando yo trabajaba en el sistema editorial, dirigía Arte y Literatura y alguien como Lydia Cabrera, autora de *El monte* (1954) y un montón de libros muy importantes para entender el influjo de la herencia africana en Cuba, sobretodo de su religiosidad, era una persona que vivía en Miami y tenía un discurso histórico contra la Revolución.

Sin embargo, se tomó la decisión y se publicó la primera edición cubana de ese libro en los años ochenta estando su autora viva. Para el lector cubano fue una decisión muy importante basada en un capítulo de nuestra ley de Derecho de Autor que dice que cuando no hay fines de lucro el Estado puede autorizar licencias para publicar libros aunque el autor o el dueño de los derechos pida dinero o en este caso se niegue. ¿A quién le vamos a regalar *El Monte* de Lydia Cabrera? ¿A Miami? Es ridículo. Lydia Cabrera es una autora publicada y reeditada en Cuba, sin embargo, murió, por desgracia, negando un hecho histórico que otorgaba un sentido superior a toda su obra como intelectual y como investigadora.

Moreno Fragnals, el gran historiador cubano que escribió *El ingenio* (1964). ¿De quién es? ¿De Miami? Un descenso al infierno del barracón, a aquel sistema de plantación basado en la trata y esclavitud negrera donde están los fundamentos de la nación cubana. Ese libro es nuestro.

Incluso, hasta alguien tan virulento como Cabrera Infante tiene, a mi juicio, tres libros que son nuestros también, que nos pertenecen. Incluso, en la antología de cuentos cubanos que hicimos por el 50 aniversario de la Revolución Cubana, hace diez años, incluimos un cuento de él: *Así en la paz como en la guerra* (1962); porque la historia de la cuentística en Cuba no se puede hacer sin una muestra de la narrativa de Cabrera Infante: *Tres tristes tigres* (1967) o *La Habana para un infante difunto* (1979), por ejemplo. Él hizo después libros panfletarios, vamos a decir así, una especie de periodismo del insulto basado en denigrar a Lezama, a Virgilio Piñera, a Fidel, hasta con el propio Martí se metió Cabrera Infante. Un anexionista verdaderamente delirante que murió prematuramente; sin embargo, fue un gran escritor, por lo menos dejó tres obras,

sus críticas de cine, que también las publicamos. Él era un excelente crítico de cine.

Nuestra política cultural trata esas figuras como nuestras. Dentro de algunos años nadie va a saber si Lydia Cabrera era comunista o anticomunista, lo que queda es lo que ella hizo para entender nuestras raíces, para entender qué somos, de dónde venimos. De Moreno Fragnals, ¿qué va a quedar? ¿qué se murió en Miami? No había nada más ajeno a Fragnals que el mundo miamense de los *mall*, las marcas y la bobería. Era un historiador, investigador, peso pesado de nuestra historia. En esos casos uno tiene que separar la obra de un gran artista de su posición política, que es coyuntural. Hay que ver lo que hay de revolucionario en el sentido estético, artístico o en el sentido de mensajes políticos. Si vas al Museo Nacional de Bellas Artes, puedes ir señalando con el dedo los autores que murieron fuera de Cuba o que hoy no viven aquí.

La emigración mayor que se produjo en las artes plásticas fue en los años ochenta. Sin embargo, en Bellas Artes, en el piso que está dedicado al arte contemporáneo, hay muchos artistas cubanos que emigraron, que incluso mantuvieron fuera de Cuba posiciones de hostilidad, pero que su obra está ahí, es cubana y pertenece a la cultura cubana.

Gastón Vaquero fue un empleado de Batista, que recibía dinero de Batista, un periodista que era un grosero. Gastón Vaquero fue, al propio tiempo, uno de los fundadores de *Orígenes*, un poeta extraordinario. Un doctor Jekyll y un señor Hyde. Un poeta excepcional, con un Hyde batistiano, oportunista, alabarero de aquella banda de corruptos, criminales y ladrones. Es un caso de una criatura que tiene una zona iluminada, capaz de producir la más alta poesía y una zona tenebrosa. Aquí hemos publicado las obras completas de Gastón

Vaquero, sus ensayos, sus poemarios, es una figura que nos pertenece.

Dos instituciones este año cumplen 60 años de fundadas: Casa de las Américas y el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos. ¿Cuánto le debe la cultura cubana y latinoamericana a ambas instituciones?

Esas dos instituciones se fundaron no solo para promover el arte cubano o para promover el arte latinoamericano, sino para crear un movimiento internacional descolonizado. Son dos instituciones que no están sometidas al colonialismo cultural, simbolizan el sentido descolonizador de la política cultural revolucionaria.

Casa de las Américas nos hizo mirarnos entre nosotros, nos hizo no mirar siempre al norte. Los modernistas suspiraban por ir a París. En el siglo XX cambió a Nueva York. De pronto, un escritor mexicano no sabía lo que estaba haciendo su colega chileno o su colega cubano. Casa... ayudó a que la familia espiritual que somos América Latina y el Caribe se reconociera efectivamente en una familia y valorara todo lo que se había creado de manera aislada.

El ICAIC fue esencial en el movimiento del Nuevo Cine Latinoamericano. Tuvo un mérito excepcional, debido a su fundador Alfredo Guevara, que fue la creación en Cuba de un público para el cine de arte. El país estaba lleno de cines enormes en los años cincuenta, en todas las provincias hay cines de mil y pico de butacas que quedaron cuando el gran boom de Hollywood, que tenía el control de todos los mercados de América Latina y el mundo. Hoy la producción de cine se ha abaratado mucho pero la distribución sigue en manos de las grandes corporaciones, de muy pocas. El ICAIC transformó algo que estaba muy

afianzado en Cuba. El cubano veía cine norteamericano, mexicano y argentino, en tercer lugar.

Luciano Castillo y otros compañeros han dicho que hubo un cine prerrevolucionario, es verdad que no era de mucha calidad, que dejó tres o cuatro obras que pudieran recordarse de algún modo. Pero aunque ese antecedente existió, lo que se hizo después, lo que hizo Titón, películas como *La muerte de un burócrata* (1966), *Memorias del subdesarrollo* (1968), *Lucía* (1968), *El hombre de Maisinicú* (1973)...

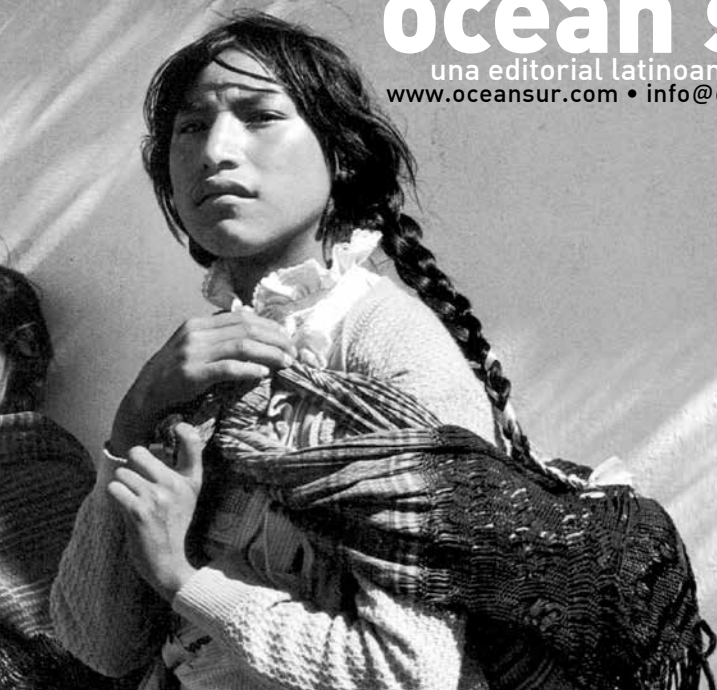
Se hizo un gran cine que no era de propaganda; un cine de arte. Tuvimos a un artista como Santiago Álvarez. Si alguien logró hacer propaganda política con un extraordinario nivel estético fue Santiago; jamás la izquierda ha tenido alguien como él. Logró que los mensajes del socialismo, de la justicia, de la solidaridad, llegaran sin que la gente sintiera que era retórico, que era una carga intolerable de argumentos estereotipados. Santiago fue un creador intuitivo, excepcional, un maestro del montaje.

Creemos que una de sus obsesiones, y con razón, es la actual guerra cultural en que está inmerso el mundo y en la que Cuba, por los ideales que defiende, está en la diana de los que intentan monopolizar el arte. Usted ha dicho que Elpidio Valdés le ganó a Mickey Mouse; está enraizado en cada una de las generaciones de cubanas y cubanos por encima de cualquier otro símbolo foráneo. Decía Meñique que «los buenos ganan a la larga», ¿confía usted que la cultura cubana saldrá vencedora?

Creo que sí, depende mucho de nosotros, de los comunicadores, de lo que hagamos, de lo que haga la joven generación. Hoy tenemos mucha gente joven al frente por ejemplo del Consejo Nacional de Casas de Cultura. Creo que dependerá mucho de lo que podamos hacer en el futuro para buscar esa coherencia.

ocean sur

una editorial latinoamericana
www.oceansur.com • info@oceansur.com



Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antiimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman parte de colecciones como Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista y El Octubre Rojo, que promueven el debate de ideas como paradigma emancipador de la humanidad.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

MIRADAS AL PASADO RECIENTE DE CUBA

La revista *Contexto Latinoamericano*, con motivo del 60 aniversario de la Revolución Cubana, ha publicado en sus números recientes entrevistas a distintas personalidades de la cultura y de las ciencias sociales, ofreciendo sus opiniones sobre procesos que han tenido lugar en la Isla después de 1959.

Estas *Miradas al pasado reciente de Cuba* permiten al lector conocer de primera mano las impresiones que, con una visión crítica, realizan estas personas que han transitado —y no como simples espectadores— por seis décadas de transformaciones sociales y revolucionarias en pos de la construcción de una nueva sociedad que se proclama socialista por definición.

